

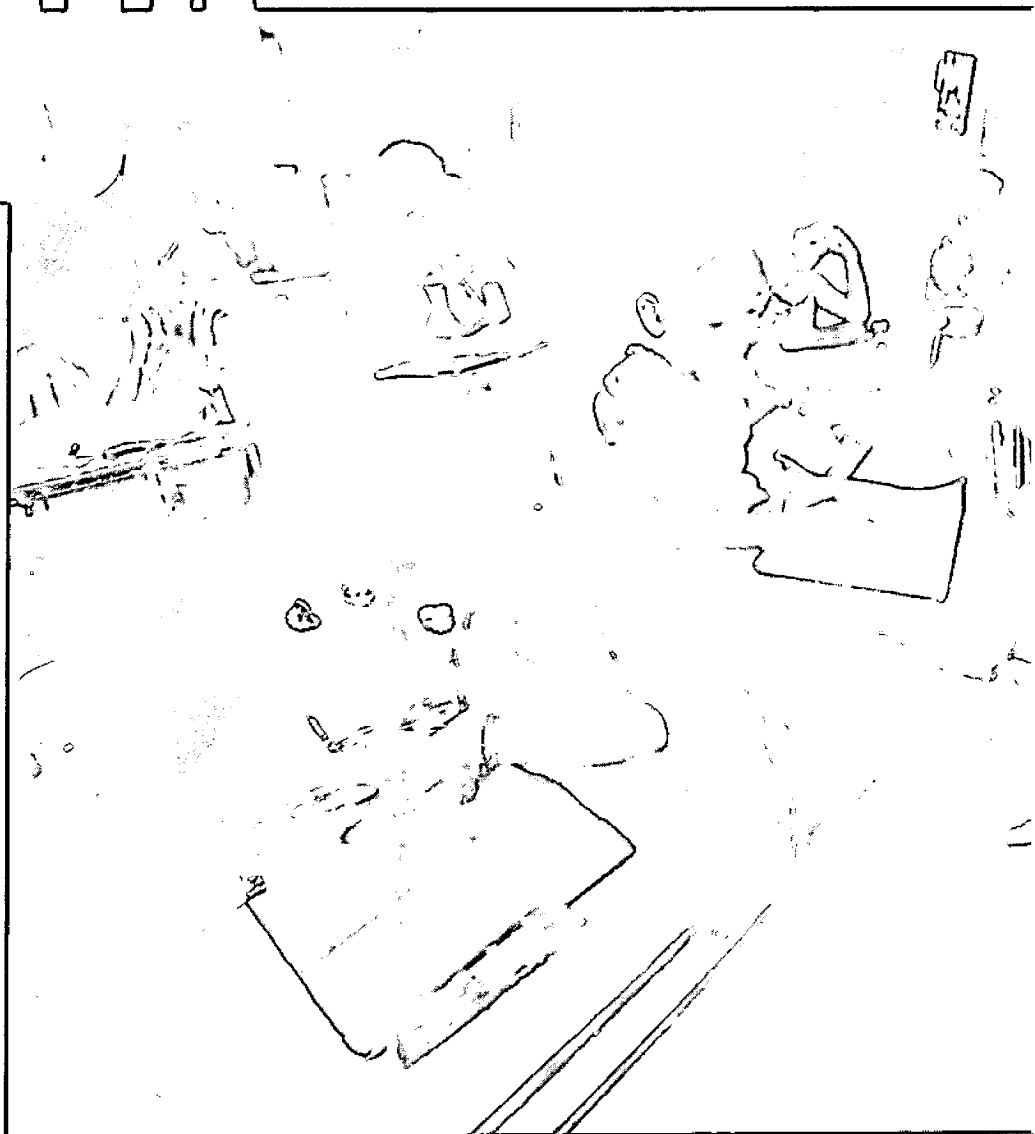
MICHAEL J. KELLY

SIDA

y Educación Básica

Del 26 al 28 de abril tuvo lugar en Dakar (Senegal) el Foro Educativo Mundial, este año focalizado en la interacción entre HIV-SIDA y educación. Michael J. Kelly, jesuita, conocido profesor e investigador de la Universidad Nacional de Zambia, presentó la primera ponencia¹. El interés para la educación venezolana del análisis de Michael J. Kelly, centrado en el Sur de África, se expresa bien con el viejo refrán castellano: "cuando las barbas de tu vecino veas pelar, pon las tuyas a remojar". A propósito de esto, nos preocupó ver en la lista de participantes que Venezuela sólo envió al Foro Educativo Mundial dos representantes oficiales: la coordinadora de relaciones multilaterales de la oficina de relaciones institucionales del Ministerio, y el embajador ante la UNESCO, Hiram Gaviria, más conocido por su nacional-agrarismo y sus cambiantes lealtades políticas que por la profundidad de su pensamiento educativo. Aunque las comparaciones son odiosas, habrá que notar que Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, Guatemala, Haití, Honduras, Jamaica, México, las Antillas Neerlandesas, Perú y Uruguay, enviaron a sus ministros de educación, mientras que el resto de los países de la región fueron representados por viceministros, jefes de planeamiento educativo y/o relevantes investigadores en el área. Nos queda al menos el consuelo de que Fe y Alegría estuvo presente a través de su coordinador internacional, quien es al mismo tiempo el director de Fe y Alegría Venezuela.

Raúl González Fabre



La epidemia del SIDA

La expansión global del SIDA ha excedido las previsiones más pesimistas de unos años atrás. A finales de 1999, el número de personas infectadas por el HIV se estimaba en 33,6 millones, la mayoría de los cuales, si no aparece una cura o una terapia accesible gratuitamente, habrán fallecido para el final de esta década. Se añadirán así a los 16,3 millones que ya han muerto por condiciones relacionadas con el SIDA.

El SIDA afecta al mundo entero, pero su impacto es especialmente grave en los países del Africa Subsahariana,

donde a finales de 1999 se encontraban 23,3 millones de personas infectadas y se contaban ya 13,7 millones de muertos por la epidemia. Lo peor no ha llegado todavía, sin embargo, si no hay cambios radicales en la efectividad y los costos de tratamiento médico, las proyecciones indican que durante la próxima década morirán de SIDA más gente que en todas las guerras del siglo XX juntas. La infección se expande en este momento a razón de unas 16.000 personas diarias.

El SIDA está produciendo en África indescriptible sufrimiento físico, psicológico y emocional. Está llevándose a los miembros más productivos de la sociedad, los de edades entre 15 y 49 años, está desequilibrando sistemas sociales, reduciendo la productividad, incrementando la pobreza, barriendo la capacidad humana que costó tanto construir, y revirtiendo los avances logrados en materia de desarrollo. Baste decir que la esperanza de vida en Zambia, que no hace mucho llegó a ser de 54 años, se encuentra ahora en 37, y las proyecciones predicen que en una década bajará hasta 30,3.

Este escenario apocalíptico tiene consecuencias masivas para la educación. Aquí prestaremos especial atención al sistema escolar. La escuela en un mundo con SIDA no puede ser igual que la escuela en un mundo sin SIDA. Esta es una cara de la moneda. La otra cara es que la escuela ofrece una razón para la esperanza: algo puede hacerse desde la escuela, porque ella posee el potencial para detener el avance aparentemente inexorable de la epidemia y para contribuir a la atención de sus víctimas.

El SIDA está destruyendo la educación tal como la conocemos tradicionalmente

La educación básica es una actividad social altamente intensiva en trabajo humano. Puede involucrar al 20% de la población de un país, entre estudiantes, maestros y profesores, directores, administradores, personal obrero y auxiliar, y profesionales de áreas conexas. El SIDA está matando a estas personas. Su impacto no se siente súbitamente, sino que la enfermedad mina la actividad educativa de manera cuasi-invisible, por desgaste lento de su base humana.

En toda el África del Sur hay evidencia de esto en la caotización de las condiciones de la demanda, la oferta, la clientela, los recursos y el planeamiento educativo. Vayamos punto por punto:

La **demand**a se reduce: hay menos niños que educar puesto que el número de mujeres en edad fértil y la fertilidad de las mujeres bajan, la enfermedad se transmite de las madres a los fetos y más niños mueren en edades tempranas. Como consecuencia, los nuevos enrolamientos en educación básica están estancándose o declinando. Así, para el año 2010 Zambia habrá perdido por causa del SIDA un 26,8% de su incremento poblacional, mientras que más del 40% de su población estará infectada.

Además, la presencia de enfermos de SIDA en las familias reduce su capacidad para afrontar los costos de la educación y favorece el abandono temprano del sistema educativo. Hay menos ingresos, puesto que el grueso de los enfermos pertenece a los grupos etarios entre 15 y 49 años, y una parte mayor del gasto familiar debe dedicarse a salud. Por otra parte, los servicios de los niños son requeridos en casa para cuidar de los adultos enfermos o para sustituirlos en determinadas tareas. Este impacto es desproporcionadamente mayor en las niñas.

La **oferta** educativa se reduce también: Se incrementan las muertes de maestros: entre 1996 y 1998, el número de muertes de maestros en Zambia pasó de menos de dos a más de cuatro diarias. En 1998, esas muertes equivalían anualmente a más de dos tercios del número de graduados de todas las instituciones de formación de maestros del país. Al mismo tiempo, disminuye radicalmente la productividad de los que están enfermos, quienes tienden a concentrarse en las ciudades, donde están los servicios sanitarios, desamparando las áreas rurales. También se percibe un alza relevante del ausentismo laboral debido a enfermedades y funerales en la familia. Estos efectos son desproporcionadamente mayores en el caso del personal docente femenino, debido a las responsabilidades familiares que asumen, y no sólo afectan a profesores y maestros de primaria,

sino también a los formadores de esos maestros, a los directores, administradores y planeadores de la educación.

La **clientela** del sistema educativo es radicalmente afectada por el incremento del número de huérfanos, con sus peculiares vulnerabilidades psicológicas y sociales que la educación tradicional apenas puede afrontar cuando se presentan masivamente. Como resultado, el número de niños de la calle, en la calle, y fuera de la escuela, aumenta abruptamente. En Zambia, para este año se estima que un 34,3% de todos los niños menores de 15 años serán huérfanos al menos de uno de sus padres, en un 78% de los casos debido al SIDA.

Los **recursos** públicos y privados para la educación son fuertemente afectados. Los recursos públicos se reducen para todos los sectores conforme los estratos más productivos de la sociedad enferman y mueren. Los pedidos de sectores relacionados con seguridad social (salud, beneficencia y pensiones) cobran especial fuerza en la competencia por los recursos ahora más escasos. El ingreso de las familias se reduce, mientras los gastos en salud y funerales aumentan. Los empleadores y las aseguradoras experimentan reclamos inusuales relativos a enfermedad, indemnizaciones por muerte y pensiones. La ayuda internacional es desviada de la educación hacia la lucha contra el SIDA, mientras los donantes desinvierten en formación de recurso humano a largo plazo por el alto riesgo de desperdiciar la inversión.

El **planeamiento** y la **gestión** educativa también se resienten. Planeadores y directores con experiencia se pierden cuando sus servicios eran más necesarios. Aparecen problemas en el reemplazo de personal cualificado. Cualquier proyección que no tenga en cuenta el impacto del SIDA resulta en planes que responden a visiones distorsionadas de la realidad. Los proyectos de desarrollo tradicionales entran en crisis, y con ellos las formas de educación que los promovían. Se hace necesario repensar la educación desde el SIDA: cómo manejar su impacto, cómo reducir su transmisión, cómo responder a las necesidades de una sociedad que ve morir a sus personas más capacitadas.

